

tortas de ruibarbo, legumbres simplemente cocidas en agua, papas, arroz, queso, costillas de res ó de carnero, roast-beef, todo preparado sin sal ni salsa alguna, y quedando al gusto de cada persona hacer el uso que le convenga de infinidad de fuentes ó redomas de convoy, en que hay masas y preparaciones, que sólo los peritos en el inglés y familiarizados en el arte culinario pueden usarlas convenientemente.

El pan inglés de mesa se compone en lo general de teleras divididas en pequeños cuadros, que casi todo es miga y tiene muy poca costra; su sabor nada tiene de agradable. Por mí puedo decir, que como me han servido de este malvado pan en casi todas las travesías que he hecho por mar, le aborrezco de tal manera que su vista, hasta su simple recuerdo al poner estas líneas, me causa mareo.

El extranjero de raza latina que no quiera hacer su estómago víctima de cocina tan detestable, necesita recurrir á los restaurants franceses que por fortuna son numerosos.

La bebida que se toma ordinariamente es la cerveza; los vinos son muy caros; se consume el Burdeos, el Rin y el Champaña.

Los postres, se componen generalmente de pasteles de aspecto muy halagador, pero cuyo sabor no siempre se armoniza con nuestro paladar.

El aspecto general de la población es casi negro. Los edificios á poco tiempo de ser construidos se cubren de una especie de moho, á causa de la continua humedad, que los hace aparecer con una antigüedad de varios siglos.

Una de las cosas que más llama la atención en Londres es la espantosa prostitución. Se calculan en 120,000 las mujeres perdidas, que viven del infame comercio de su cuerpo. No se crea que estas meretrices viven aisladas; muchas de ellas son casadas ó tienen hermanas y familia, y todos los días traen á su casa la ganancia de su vergonzoso tráfico, como el carpintero ó la costurera el jornal de sus fatigas.

Es tan poco retribuido el trabajo de la mujer en estos grandes centros de población, tan cara la vida y tan fácil morir por falta de abrigo ó de alimentos, que, al prostituirse, la infeliz joven no ve en ello el placer, no le deslumbra la esperanza de un porvenir más lisonjero, le impulsa la fiebre del hambre, y al través de la degradación de su cuerpo, ve un amargo pedazo de pan que llevar á sus labios.

En la calle de New-Cut, sobre todo las noches en que hay función en el teatro Victoria, se acumulan multitud de expendedores de ropa vieja y vendedores de criaturas inocentes. Y cosa increíble, es más barato el segundo artículo que el primero. Es preciso casi á empellones abrirse paso en las aceras, entre los traficantes y su mercancía.

La gente de buen corazón, que en distintas épocas ha querido remediar este mal, no lo ha podido conseguir.

El pauperismo es tal en Londres, que á cada momento confundidos y entremezclados entre las carrozas de los Lores y banqueros se ven seres sucios, macilentos, cubriendo su cuerpo con nauseabundos harapos.

Estos infortunados, en su mayor parte irlandeses, viven en los húmedos y sombríos barrios de la población, arrastrando una existencia cien veces más desgraciada que la de los animales domésticos. Multitud de ellos no teniendo donde pasar la noche, duermen sentados en los pórticos de los teatros, bajo las arcadas de los grandes edificios y en los paseos públicos. Refiérese que cuando un policía va á despertar á los mendigos que duermen en los bancos de los paseos, diciéndoles que está prohibido dormir en aquel lugar, éstos le contestan: yo no duermo, estoy de paseo.

Más de diez mil infelices mueren de hambre anualmente en esta portentosa Babilonia, y unas 20,000 personas aptas para el trabajo amanecen diariamente preguntándose á sí mismas, cómo ganarán el sustento del día.

Calcúlese en vista de esto, hasta donde habrá llegado la relajación en las costumbres de estos infortunados y los espantosos crímenes á que los impele su triste miseria.

Infelices hay que se calumnian á sí mismos para que los metan en prisión, donde encuentran cuando menos algun sustento.

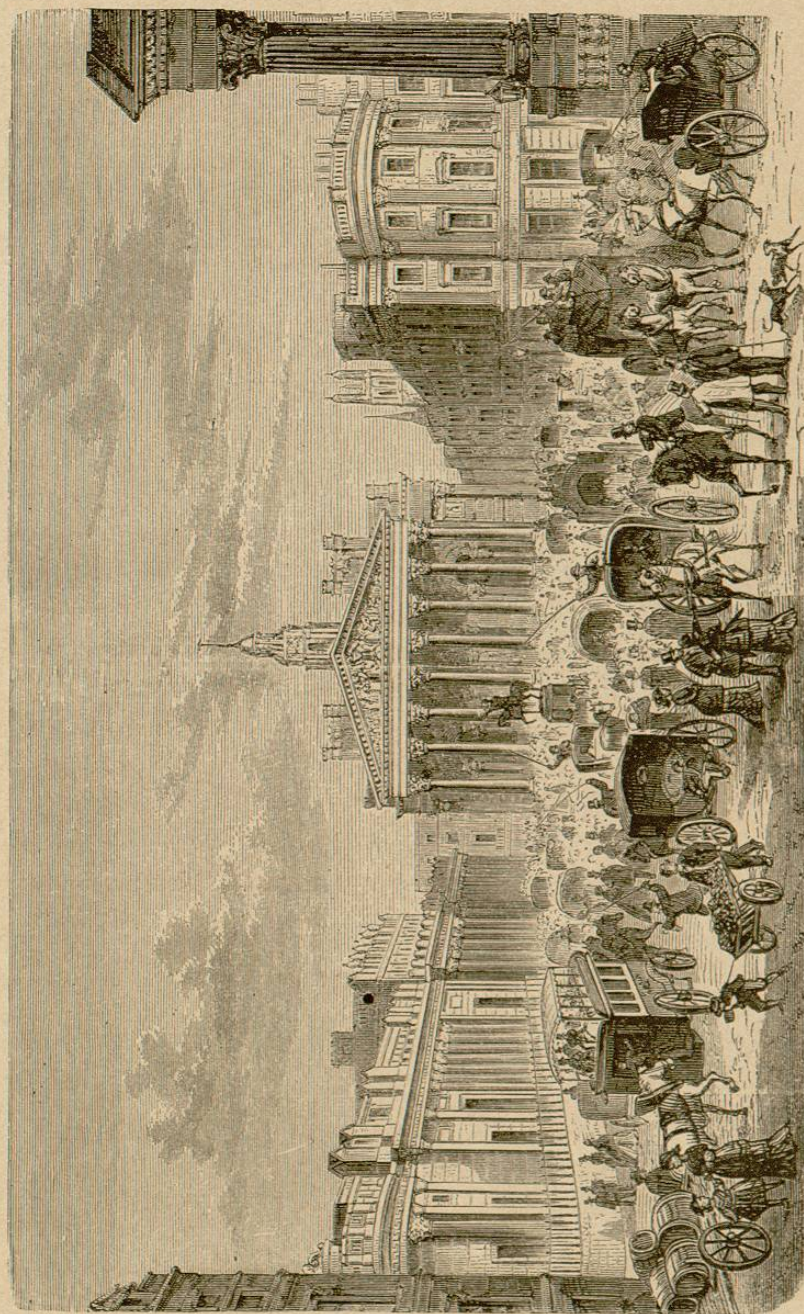
Contra lo que podía esperarse de un pueblo como el inglés que tanto blasona de amante de la justicia, á estos desheredados no los ampara la ley inglesa. A los mendigos lo mismo que á los boteros, cocheros y prostitutas, los juzga un solo magistrado, y tras de averiguación bien sumaria, los pone libres ó los sepulta en una prisión; sin que jamás se dé el caso de que haya quien reclame contra esta flagrante violación del más sagrado de los humanos derechos: la libertad.

Harto saben ellos que la ley inglesa es sólo para los ricos, y no para los desgraciados que son menos que animales.

La criminalidad es considerable en Londres; segun las estadísticas más recientes, la policía aprehende 75,000 personas por año, de las cuales 30,000 son mujeres. Existen en las prisiones como 230,000 detenidos asegurándose que hay 8,000 ladrones de profesion. Según las mismas estadísticas, la edad y las estaciones del año ejercen influencia en el número y gravedad de los crímenes. Parece que los suicidios son más frecuentes en los meses de Junio, Julio y Agosto; los ataques á mano armada, durante la canícula; los robos con fractura en el invierno, y los crímenes más horripilantes son ejecutados por jóvenes de catorce á veinte años de edad.

La salubridad de la población quizá no es de la peor, atendiendo á la inmensa acumulación de gente, si se la compara con otras capitales.

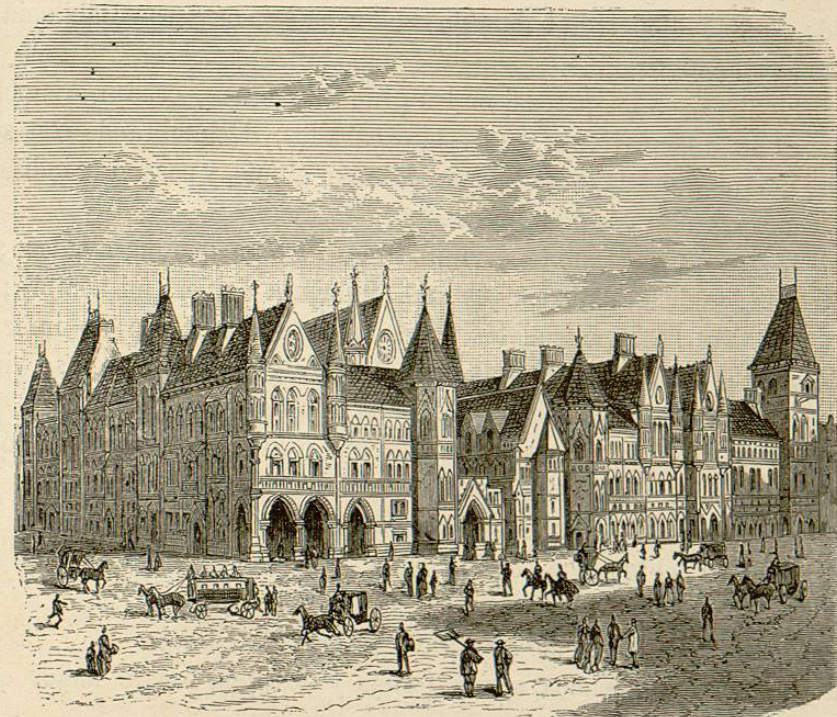
Los lugares más elevados como Léwisham y San Jorge, donde el aire se renueva fácilmente, el agua corre en abundancia, la mayor parte de la gente es rica, y la población está poco condensada, son salubres.



Paris. — Imp. Ch. Usinger

LONDRES. EL BANCO Y LA BOLSA.

No así en San Gilés, y demás lugares bajos, sombríos, inmediatos al Támesis, habitados por el bajo pueblo, aglomerado en casuchas sin ventilación y entre las inmundicias de toda clase que despiden miasmas pestilentes, y que hacen imposible la respiración y la vida.



LONDRES. EL NUEVO PALACIO DE JUSTICIA.

Calcúlanse en 63,000 las defunciones anuales en Londres ó sea 1300 cada semana, y si se considera que las inhumaciones se efectúan en el recinto de la ciudad, se comprende fácilmente cuanto debe influir esto en la salud pública; afortunadamente el constante viento que reina en esta privilegiada isla, lo ancho de las calles, los vastos parques, é innumerables jardines de que está dotada la población y el buen sistema de cloacas, contrarestan muy mucho los efectos de aquellas causas anti-higiénicas, y puede decirse que Londres es salubre.

Mañana pienso tomar pasaje para París. Dejo á Londres, el primer puerto y la ciudad más grande del mundo, no sin que haga nacer en mi cerebro muy serias reflexiones.

Largo tiempo he ansiado conocer las grandes capitales, cuya complexa vida entreveía apenas. Los teatros, los paseos, el lujo, las modas, ese incesante oleaje de las muchedumbres, esa calenturienta lucha del genio que pugna por abrirse paso entre la indiferente masa del vulgo, todo lo adivinaba mi imagi-

nación al través de los libros y relaciones, y creía un verdadero infortunio, nacer, vivir y morir en el mismo pueblo.

Ahora he podido comparar la permanencia en los pequeños pueblos ó ciudades de cuarto ó quinto orden, y en las grandes capitales.

Soñemos : Estoy en Londres, veo multitud de palacios suntuosos, centenares de edificios cuya magnificencia asombra ; pero ninguno de esos edificios es mío ; cerca de cuatro millones de habitantes bullen en esta moderna Babilonia ; pero ninguno es mi amigo.

En los teatros, en los paseos, en los grandes centros, cruzan aristocráticas mujeres en magníficos trenes ó soberbios caballos, deslumbrando con su hermosura ; mas ninguno de esos corazones late por el mío, y pasan tan indiferentes y fríos como junto al poste de un camino.

Si yo cayese enfermo, no tendría una mano amiga que me ayudase ; si yo muriera, iría á la fosa común sin que nadie indagara siquiera mi nombre ; se me enterraría, como se hace con los canes muertos, para que no infecten la atmósfera ; esto es, si no me tocaba ir antes á algún anfiteatro á servir para demostraciones anatómicas ó investigaciones patológicas.

Cambemos de escena. Estoy en un poblacho ó aldea de mi patria ; sólo hay unos cuantos habitantes, pero yo soy respetado por ellos ; existen unas cuantas casuchas, la mía es de las más cómodas y mejor amuebladas.

Los habitantes del lugar me consideran y respetan ; las jóvenes se creen honradas con mis galanteos.

En los casos difíciles, se me consulta y se me pide consejo.

Si es día de mi cumpleaños, se me festeja y obsequia con lo mejor que se tiene.

Las flores más delicadas adornan mi estancia, las más preciadas frutas surten mi mesa.

Caigo enfermo : todos aquellos corazones laten por mí ; las más tiernas solicitudes, los más cordiales desvelos me son prodigados por seres en cuyo pecho no anidan el interés, ni el cálculo, sino la sincera amistad y el cariño.

Muero..... lágrimas y flores se derramarán en mi sepulcro, mi nombre será por algún tiempo pronunciado con veneración entre aquella gente inocente.....

Muchas veces, de joven, oí el adagio de que más vale ser cabeza de ratón que cola de león ; jamás comprendí su valor hasta hoy.

Sí, cien veces prefiero ser el primero en una choza y aun en una prisión, á ser el último en un palacio ; mil veces ser el primero de los vencidos y no el último de los vencedores. Si estuviese uno destituido de dignidad y de amor propio, si en la vida sólo viese el placer, sin cuidarse de nada ni por nadie, la permanencia en una capital de estas, entregado á la vorágine de deleites que en dos ó tres años lo conducen á la decrepitud ó al sepulcro, sería la mejor manera de emplear la vida.

Pero el ser que abriga en su seno el sentimiento de lo que vale, en cuyo corazón hay grandes afectos para su familia, para su patria y que se cree solidario del gran conjunto llamado humanidad, destinado, á lo que parece, á progresar luchando y gimiendo ; el sér que no ve en lo que le rodea lo que atañe á él solo, sino lo que redundará en beneficio de sus semejantes, deja estos grandes focos de placer y vive en pequeños lugares, en donde, si no goza de orgías y teatros, recobra en cambio los derechos de su individualidad y consagra su espíritu á obras benéficas al mundo.